

Sandra Szir y María Amalia García (eds.). *Entre la academia y la crítica. La construcción discursiva y disciplinar de la historia del arte. Argentina – Siglo XX*. Buenos Aires: Eduntref, 2017, 339 páginas.

Desde que Pierre Nora propuso la noción de ego-historia, los historiadores se vieron confrontados a la posibilidad de que su condición de sujetos narradores no sólo se construya desde el impacto que los hechos históricos provocan en ellos, sino también desde la conciencia encarnada de cómo son parte de una trama discursiva entre las narrativas pre-existentes y futuras de su disciplina.

Así, recordando a Nora, es que una manera sintética de caracterizar el libro editado por nuestras colegas trasandinas Sandra Szir y María Amalia García sería entenderlo como una caja de herramientas para una ego-historia de la historiografía del arte Argentino, con la cual interpelan al lector a reconocerse en el espejo de lo que han hecho otros, apelando a un sentido de comunidad en una disciplina que por nuestra región latinoamericana ha padecido de un complejo de invisibilidad epistémico.

Efectivamente, desde que Udo Kultermann dejó fuera a los historiadores del arte latinoamericanos de su conocido texto canónico, donde instaló su axioma de que el protagonista de la historia del arte es el historiador del arte, quedamos como un fragmento periférico y colonizado del curso general de la historia del arte universal.

Si bien ello fue hace más de cincuenta años, durante ese lapso de tiempo podemos reconocer que el trabajo de aumentar en cantidad y calidad la masa crítica de la disciplina en nuestra región ha sido en buena parte responsabilidad de lo que se hace por y para ella desde Argentina. Este libro es una prueba contundente de aquello, donde no solamente se hace la cuenta de la suma de los “protagonistas” de la historia del arte argentino, sino que también implica una mirada sobre sus instituciones. Ahí están el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas y el Instituto de Teoría e Historia del Arte de la Univer-

sidad de Buenos Aires, fundados a mediados del siglo XX y que rápidamente se *confunden* con el nombre de sus *fundadores*: Mario J. Buschiazzo y Julio E. Payró respectivamente. Más recientemente tenemos los distintos centros universitarios que multiplican la labor seminal de esta universidad y la autoconvocatoria del Centro Argentino de Investigadores de Arte, los que son pruebas de una institucionalización sin precedentes en toda la región respecto del crecimiento exponencial de la disciplina en las últimas décadas. Por lo que este libro llega en un interesante momento de transición hacia una madurez disciplinar.

Probablemente estas razones sean las que explican por qué, cuando leemos el índice de este libro, estamos familiarizados con los 19 autores cuyos textos han sido seleccionados y reseñados por otros 22 autores, a todos los cuales hemos escuchado personalmente y/o leído en los últimos 20 años. Lo anterior no se debe simplemente a obligaciones académicas, sino a que una genuina convicción de que lo planteado en Argentina es de mucha utilidad en la región –y particularmente en

Chile– para sacarnos el complejo de invisibilidad epistémico, con buenas razones y mejores referencias.

El libro que comentamos es uno de estos materiales de referencia. Cercano al formato anglosajón del *reader*, incluso recordándonos esfuerzos como el de Donald Preziosi o Jonathan Harris, recopila una antología de breves pero decisivos textos que arman una cartografía temática, conceptual y discursiva en donde se revelan las posiciones centrales de los diversos autores respecto de sus enfoques, situando al lector con una certera reseña crítica de cada uno de ellos, alimentada con una completa información bio-bibliográfica y su contexto epocal. Todo en un arco temporal que abarca gran parte del siglo XX, considerando una lista de 22 autores que cronológicamente van desde Eduardo Schiaffino hasta José Emilio Burucúa.

La propuesta de agrupación de los autores se estructura en tres ejes conceptuales, cada uno de los cuales toma forma en un capítulo. El primero, denominado “Nacional-regional-global”, apela al lugar de enunciación de los discursos y

la voluntad implícita de inscripción del relato sobre el devenir de las artes argentinas en un contexto mayor al ámbito nacional. Aquí los textos seleccionados de Eduardo Schiaffino y José León Pagano, que instituye la idea de nación a partir del recurso a la identidad, son tensionados por la voluntad de inserción regional, primero como parte de una tradición colonial –como es el caso de Martín S. Noel– y luego como parte de una emergente escena latinoamericana que reclama su lugar en la historia del arte, como es parte del trabajo textual de Damián Carlos Bayón, Marta Traba y Jorge Glusberg, también consignados en esta primera parte.

El segundo eje, titulado “Problemas disciplinarios de método. Iconografía e iconología”, se concentra en agrupar textos de autores que han estado atentos a los problemas metodológicos de la disciplina. Acá comparece especialmente el trabajo de Ángel Guido, quien tempranamente se propone transferir las herramientas del debate formalista de matriz germánica, cuestión no menor si consideramos la voluntarista estructura de recepción que le

da a las ideas de Heinrich Wölfflin y su eventual impacto aplicado al estudio de la historia del arte nacional y americano. Y luego la filiación iconografía-iconológica que va de Héctor Schenone hasta José Emilio Burucúa, este último no solamente un referente disciplinar en su país, sino también en el mundo hispanohablante, responsable de transferir sentido a nuestras lecturas de Aby Warburg.

El tercer eje, denominado “Poéticas-políticas”, se articula en base al reconocimiento de unos autores en donde la poética formal deviene en política escritural. Esto toda vez que las posiciones frente al advenimiento de la modernidad tienden a tener una recepción polémica, y ahí está el texto de Chiabrá Acosta (“Atalaya”) polemizando contra Pagano para probarlo.

Estos tres ejes están atravesados por el estatuto de los soportes en donde circularon originalmente los textos seleccionados. Distintos formatos, como periódicos, revistas, libros y catálogos, comparecen evidenciando que el espacio de enunciación del historiador del arte trasciende la academia y se

instala en el campo social del arte, a partir de una responsabilidad y compromiso con su objeto de estudio. Lo que va desde consideraciones asociadas a la conservación de sus atributos patrimoniales hasta la producción de sentido a partir de la crítica sobre el arte emergente, en que la funcionalidad del texto está relacionada con la construcción de lectores cómplices de los asuntos del arte y no solamente otros pares de la comunidad disciplinar.

El trabajo riguroso y persistente en la formación e investigación disciplinar que generó condiciones de producción

para un libro como este, surgido de un colectivo académico llamado “Grupo de Historiografía”, resulta ser tan necesario como urgente. En la introducción, las editoras nos prometen futuras publicaciones como esta, que no solamente son de utilidad nacional, sino también más allá de los Andes, donde las lecturas del arte argentino y latinoamericano cada vez más comienzan en muchos de esos autores que transitan entre la academia y la crítica.

José de Nordenflycht

Universidad de Playa Ancha
(Chile)